

El animal es el dibujo

Quiero ser un hombre desnudo. Un hombre desnudo que dibuja. Las piernas húmedas en un pozo de tierra. Mezclar arcilla, aceite. Grasa y resinas con el polvo. Una espesura donde ceder las manos. Arder líquidos negros como tinta, como una boca viva. La lengua roja de esa boca. Reunir la tierra y el cielo, los días y la muerte.

Antes hubo estrellas, un sueño con centauros. Nací de noche bajo una luz de plata. No separo la vida de los nombres, la pasión de mi alimento.

Fui la tribu, este organismo múltiple. Un punto incandescente de universo. El espejo atemporal, un pliegue de memorias. Y el animal rendido volviéndose nosotros. No hay enemigos. Hay los que olvidaron el pulso acompasado, los que perdieron el rastro. Un núcleo de fuerzas tratando de reunirse. Una pertenencia que aún no comprendemos.

Tuve sed, tuve temblor. Diluvio y estampida. Un hilo invisible me dictaba las formas. No los signos, no el ícono: el cuerpo de las cosas.

Al sol rendido, el animal ha muerto. La sangre y el marfil, la carne lenta salida de los huesos. Dibujé en silencio un caballo salvaje. Tatué la sombra de un centauro.

Han arrasado el campo. Han venido hacia nosotros rompiendo el aliento de todo cuanto vive. Cortaron el hilo del decir, la matriz sin dobleces. El arte dentro de la vida. No es la imagen de la caza: es la caza misma. Un dios, un árbol; el hombre que yo fui. Una mujer.

Trajeron la furia de un viento que despoja: los trazos vacíos, las palabras sin signo, sin raíces. Arrasado lo real, lo imaginario. Será un tiempo desolador y cruel.

Quiero ser un hombre desnudo. Y un pigmento indeleble habitándonos. Un trazo vivo que nos lleve de regreso.

El dibujo es un animal sagrado

Florencia Walfisch, abril 2016